



Título: ¿Convergencia dual?: reflexiones sobre las asimetrías de *soft power* entre China y los Estados Unidos en un contexto de rivalidad hegemónica global

Autor: Esteban Poole Fuller

Docente del Departamento de Derecho del Departamento de Derecho de la Pontificia Universidad Católica del Perú e integrante del grupo de estudios sobre política china de dicha universidad.

Resumen

La expansión económica de China durante las últimas 4 décadas ha transformado al país en una superpotencia emergente y ha ido de la mano de una erosión progresiva de la hegemonía global norteamericana. No obstante, el ascenso de China ha tenido como flanco débil la escasa capacidad de dicho país de proyectar influencia cultural a nivel internacional. En lo relativo a la capacidad de influenciar la cultura de sociedades extranjeras, denominada *soft power* en la teoría contemporánea de las relaciones internacionales, Occidente en general y los Estados Unidos en particular conservan una notoria hegemonía.

Esta asimetría de *soft power* ha conducido a una dinámica contradictoria: en numerosos países del Sur global la intensificación de los vínculos económicos con China parecería ir de la mano con la profundización de la influencia cultural norteamericana. Dicha dinámica, caracterizada en este artículo como convergencia dual, conlleva que, a medida que un conjunto de países converge económicamente con China, simultáneamente tendería a consolidarse la convergencia cultural de dichos países con los Estados Unidos.

En base al concepto propuesto de convergencia dual, este trabajo analiza las causas de dicho fenómeno y sus implicancias geopolíticas en el contexto de las tensiones sino-norteamericanas. Se discute, finalmente, la posibilidad de que una China emergente y más asertiva internacionalmente promueva hacia el exterior un modelo social alternativo a la occidentalización, conduciendo a un potencial escenario de modernidad disputada.

Palabras clave

China – Estados Unidos – Geopolítica – Hegemonía cultural - Soft power – Convergencia dual

Dual convergence? : Thoughts on the soft power unbalance between China and the United States in a context of global hegemonic rivalry

Summary

China's economic expansion over the last four decades has transformed the country into an emerging superpower and has taken place along with an increasing erosion of U.S. global hegemony. However, China's rise has been undermined by its limited ability to project cultural influence at the international level. In terms of its ability to influence the culture of foreign societies, known as soft power in contemporary international relations theory, the West in general and the United States in particular retain a noticeably hegemony.

This soft power asymmetry has led to a contradictory dynamic: in many countries of the global South, the intensification of economic ties with China seems to go hand in hand with the deepening of American cultural influence. This dynamic, characterized in this article as dual convergence, implies that, as a group of countries converges economically with China, the cultural convergence of these countries with the United States tends to consolidate at the same time.

Based on the proposed concept of dual convergence, this paper analyzes the causes of this phenomenon and its geopolitical implications in the context of Sino-US tensions. Finally, it discusses the likelihood of an ascending and more internationally assertive

China promoting an alternative social model to Westernization, leading to a potential scenario of contested modernity.

Keywords

China – United States – Geopolitics – Cultural hegemony – Soft power – Dual convergence

Introducción

La expansión económica de China durante las últimas 4 décadas ha transformado al país asiático en una superpotencia emergente. De representar apenas una décima parte del PBI de Estados Unidos en 1980, actualmente el PBI chino asciende a 80% del norteamericano y, de mantenerse las tendencias de crecimiento actuales, China pasará a ser el país con el mayor PBI a nivel mundial en el transcurso de esta década. A su vez, China ha pasado a ser el primer socio comercial de más de 120 países (Banco Mundial, 2018; Ghosh, 2020), incluyendo Estados Unidos y la Unión Europea, y devenido en motor del crecimiento económico de la mayor parte de naciones en vías de desarrollo, cuyas economías han desarrollado una fuerte dependencia respecto a la de China.

El recientemente adquirido poderío económico de China se está traduciendo, progresivamente, en poder geopolítico (Ríos, 2019; Fanjul, 2020; Economy, 2021). Ello ha sido especialmente notorio desde el inicio del gobierno de Xi en 2012, bajo el cual el Estado chino ha emprendido una política exterior más asertiva que aspira a brindar a China una posición de liderazgo en la escena internacional, y que se ha reflejado en acciones como la Iniciativa de la Franja y Ruta de la Seda, que supone billonarias inversiones en infraestructura a nivel global. A su vez, el ascenso de China ha motivado crecientes tensiones geopolíticas con los Estados Unidos, cuyos sectores dirigentes han empezado a percibir, desde hace unos años, a los chinos como rivales que amenazan su primacía mundial¹ (Alison, 2017; Poole Fuller, 2021). Este escenario de rivalidad geopolítica, a su vez, impulsaría la transformación progresiva de China en una superpotencia militar (Pardo de Santayana, 2021).

¹ Amplificando discursos preexistentes respecto de un probable choque de civilizaciones (Huntington 1996) o disputa hegemónica (Mearsheimer, 2001).

Pese a la dinámica descrita, se aprecia un flanco débil en el ascenso global de China: la cultura o, mejor dicho, su escasa capacidad de proyectar influencia cultural allende sus fronteras (Thomas, 2017), en contraste con el carácter todavía globalmente hegemónico de la cultura occidental en general y norteamericana en particular. A la luz de esta constatación y partiendo de la noción de *soft power*, el presente trabajo plantea la existencia de una dinámica de convergencia dual consistente en la persistencia o incremento de la influencia cultural norteamericana en países que desarrollan crecientes vínculos económicos con China y analiza las implicancias de dicho fenómeno en la competencia geopolítica sino-norteamericana.

***Soft Power* y convergencia dual**

La capacidad de un país de proyectar internacionalmente influencia cultural ha sido definida como *soft power* por el politólogo y estratega norteamericano Joseph Nye (1990; 2004), quien definió al mismo como la habilidad de un país de promover sus intereses a través de la persuasión de la sociedad civil de otros países. El *soft power*, tendría, a su vez, tres fuentes o dimensiones: la cultura en sentido estricto, los valores y la política exterior.

El *soft power* puede ser entendido como la dimensión cultural del poder geopolítico², contrastando con las dimensiones más duras (*hard power*) vinculadas al poderío militar y la potencia económica. El *soft power* incidiría sobre la capacidad un país de persuadir a los actores sociales de otros países de que compartan su agenda, mientras que el *hard power* involucraría el logro de dichos fines mediante la coerción. El *soft power* es proyectado tanto por los Estados como por actores de su sociedad civil (empresas, universidades, grupos religiosos, ONGs), que tienden a asumir un rol protagónico como agentes capaces de ejercer influencia cultural en el exterior.

Si bien la primacía norteamericana en el plano económico y, en menor medida, en el militar y diplomático (vinculados al *hard power*) viene erosionándose sostenidamente frente al ascenso de China, la hegemonía norteamericana en términos de *soft power* en la mayor parte del mundo continúa siendo abismal. Esta situación respondería a un fenómeno que puede definirse como convergencia dual.

² La noción de *Soft Power* puede asociarse, a su vez, a la de hegemonía cultural, en los términos originalmente planteados por Gramsci (1999).

La convergencia dual puede ser definida como una dinámica en virtud de la cual, al tiempo que los países del sur global dependen cada vez menos de los Estados Unidos en términos económicos y políticos y sus economías devienen crecientemente integradas a la de China (y dependientes de dicho país), la influencia cultural norteamericana en estos mismos países tendería a sostenerse o incrementarse. En este sentido, la noción de convergencia dual daría cuenta de una dinámica contradictoria en virtud de la cual un conjunto de países convergería crecientemente con China en el plano económico y, eventualmente, en el diplomático, al tiempo que convergen crecientemente con los Estados Unidos en el plano cultural.

A la luz del fenómeno propuesto de convergencia dual, este trabajo analiza sus causas y posibles implicancias geopolíticas en un contexto de creciente rivalidad geopolítica entre los Estados Unidos y China.

El (in)discreto encanto de la cultura norteamericana

Pese a la presencia de un discurso sobre el declive de los Estados Unidos y su inminente pérdida de primacía global que ha tenido mayor difusión desde la elección de Donald Trump como presidente norteamericano en 2016 (Wyne, 2018), la cultura norteamericana sigue siendo el referente y modelo a imitar por parte de amplios sectores de la población global.

El empleo del inglés como lengua franca; el prestigio de las universidades norteamericanas, que atrae a millones de estudiantes extranjeros (incluidos centenares de miles de chinos); la difusión global de las industrias culturales y redes sociales norteamericanas; la voluntad de las clases medias emergentes globales por imitar los patrones de consumo y estilos de vida norteamericanos (el *American Way of Life*); y la difusión de instituciones y valores occidentales asociados a la ideología dominante en Estados Unidos y Europa (democracia liberal, capitalismo, individualismo, secularismo, feminismo, ecologismo, etc.) son claras muestras del inmenso *soft power* del que siguen disfrutando Occidente en general y los Estados Unidos en particular.

Esta tendencia, evidentemente, posee diferencias de grado y existen excepciones significativas a la misma, particularmente en un conjunto de países de población mayoritariamente musulmana en los que, desde la década de 1980, han florecido corrientes integristas islámicas que resisten la occidentalización. Sin perjuicio de ello, puede afirmarse que la cultura occidental, en su variante norteamericana, continúa

siendo globalmente hegemónica y que dicha hegemonía ha tendido a profundizarse durante las últimas décadas, al calor de la intensificación de la globalización en la postguerra fría y la revolución de las comunicaciones propiciada por la aparición y difusión de Internet, que ha estado dominada por capitales norteamericanos.

Una región donde se ha dado con especial claridad esta dinámica de simultánea erosión de la primacía geopolítica y reforzamiento de la hegemonía cultural ha sido Latinoamérica, tradicional esfera de influencia o “patio trasero” de los Estados Unidos.

Durante las últimas dos décadas China ha desplazado a los Estados Unidos como primer socio comercial de varios países de la región³, al tiempo que las inversiones chinas y los créditos de la banca multilateral del país asiático juegan un rol crecientemente preponderante en las economías regionales (Dussel Peters, 2019). Adicionalmente, la elección de gobiernos de izquierda (varios de ellos con posturas hostiles hacia Estados Unidos y cercanos a China) en la mayoría de países latinoamericanos durante el mismo período, evidencia que Washington ha perdido la capacidad de influir sobre la vida política latinoamericana en direcciones afines a sus intereses (Macciota, 2021), lo que supuso, en décadas pasadas, respaldar a gobiernos de derecha (y promover varios golpes de Estado y regímenes conservadores autoritarios durante la Guerra Fría).

Pese a este panorama, puede afirmarse que en varios países latinoamericanos la influencia cultural norteamericana, patente a partir de mediados del siglo XX, se ha acentuado desde 2000. El creciente empleo de anglicismos en las variantes locales de castellano; el incremento en el consumo de la industria cultural norteamericana y la mayor imitación de las mismas por las producciones locales; la masificación e impacto en la vida cotidiana de redes sociales de origen norteamericano; la mayor difusión de estilos de vida individualistas y de corrientes de opinión originadas en los Estados Unidos (como el activismo feminista de *MeToo* y el antirracista de *Black Lives Matter*); los mayores flujos de estudiantes latinoamericanos a universidades norteamericanas y la creciente vocación de las instituciones de educación superior regionales por imitar, con menos recursos, “paradigmas *Ivy League*”; y la cada vez mayor presencia de cadenas de franquicias norteamericanas son algunas de las múltiples y omnipresentes señales de una persistente y probablemente creciente convergencia cultural de Latinoamérica con su (hasta ahora) Metrópoli norteamericana.

³ Estos son, ordenados de acuerdo al tamaño de sus economías, Brasil, Chile, Perú, Venezuela y Uruguay.

En contraste, la capacidad de China para ejercer algún grado de atracción o influencia cultural sobre otros países resulta mínima, quedando incluso a la zaga de sus vecinos Corea del Sur y Japón, cuyas industrias culturales tienen una significativa proyección internacional. A su vez, puede sostenerse que la modernización de China durante las últimas décadas ha ido de la mano de una intensificación de procesos de occidentalización de la sociedad china (entendida fundamentalmente en clave de norteamericanización). Sin perjuicio de la creciente rivalidad sino-norteamericana, los estilos de vida y actitudes de los chinos que conforman las nuevas clases medias y altas se asemejan crecientemente a los de sus pares norteamericanos.

Como ya se ha señalado, esta dinámica presenta matices significativos. La influencia cultural norteamericana no se ha propagado de forma lineal o uniforme y, en algunas regiones, (particularmente en países con población mayoritariamente musulmana) ha enfrentado resistencias significativas o incluso retrocedido con respecto a hace algunas décadas. No obstante, puede observarse una tendencia general al incremento de la influencia cultural global norteamericana, que habría tenido una incidencia significativa sobre la propia sociedad china post-maoísta.

Se aprecia, por tanto, que, mientras que China ha ido acortando distancias con Estados Unidos en otros planos, persiste una fuerte asimetría de *soft power* a favor de los norteamericanos que redundaría en que estos últimos disfruten de mayor influencia cultural internacional. Ello estaría generando la dinámica de convergencia dual expuesta, en virtud de la cual los países en vías de desarrollo exhiben, simultáneamente, una creciente dependencia económica de China y cultural de los Estados Unidos. Puede sostenerse que, pese a las tesis sobre el declive norteamericano, la cultura norteamericana sigue gozando de un (in)discreto encanto global.

Causas de la convergencia dual

Las causas de la dinámica descrita resultan, sin duda, complejas, pero cabría plantear que la misma se debería, fundamentalmente, a dos variables que se han venido retroalimentando durante las últimas décadas: la expansión de las clases medias en los países en vías de desarrollo; y la posición dominante de capitales norteamericanos en el ámbito de las industrias culturales y, particularmente, de las nuevas tecnologías de la información y comunicación digitales conocidas como redes sociales, junto con la

posición globalmente dominante de las instituciones de educación superior norteamericanas.

El impacto del desarrollo de China sobre la economía global, que cobró impulso a partir de 2000, indujo, por lo menos hasta el inicio de la pandemia de Covid-19 en 2020, un ciclo de fuerte crecimiento económico en numerosos países en vías de desarrollo, impulsado generalmente por la elevada demanda china por las materias primas exportadas por estos países. Este escenario produjo, a su vez, una significativa expansión de las clases medias en sociedades en que las mismas, hasta entonces, habían sido claramente minoritarias.

Estas nuevas clases medias han buscado adquirir rápidamente capital cultural a través de sus patrones de consumo y estilo de vida. Con dicha finalidad, han tendido a imitar la imagen del *American Way of Life* difundida internacionalmente por las industrias culturales norteamericanas (cine, música, series audiovisuales, moda), así como sus imitaciones locales. La intensificación de los flujos migratorios hacia los Estados Unidos en décadas recientes habría jugado, igualmente, un rol importante en la circulación de referentes culturales norteamericanos entre las nuevas clases medias, especialmente en el caso de los países latinoamericanos, donde la emigración hacia Norteamérica ha sido más intensa. Esta dinámica se ha venido produciendo en la propia China, donde recién comenzó a configurarse una genuina clase media desde la década de 1980.

En este contexto de expansión de las clases medias en los países en vías de desarrollo, el persistente predominio global de los Estados Unidos en las industrias culturales y redes sociales digitales jugaría un rol clave en la difusión de la influencia cultural norteamericana. Si bien existen matices en cuanto a dicho predominio, dada la difusión internacional de las industrias culturales de algunos otros países⁴ y las restricciones al acceso de los gigantes de internet norteamericanos al ecosistema digital chino, puede sostenerse que las industrias culturales norteamericanas conservan una posición de primacía global. Adicionalmente, puede señalarse que el todavía marcado intervencionismo del Estado chino sobre las industrias culturales de su país ha

⁴ Destacando al respecto casos como la amplia acogida del cine indio en el sur de Asia y del nigeriano en África, el éxito de las teleseries turcas en el Cercano Oriente, la difusión global de la música pop y producción audiovisual surcoreana.

dificultado que los mismos puedan producir contenidos atractivos para audiencias internacionales.

La revolución de las tecnologías de la información y comunicación suscitada durante las últimas 3 décadas por la aparición y difusión de Internet ha reforzado el predominio cultural norteamericano. A dicho influjo ha contribuido particularmente la aparición de redes sociales controladas por capitales norteamericanos (Facebook, Twitter, Instagram, etc.) que han incidido significativamente sobre las imágenes y discursos de la cultura de masas, particularmente entre los segmentos más jóvenes de la población global.

De la mano de la incidencia sobre la cultura de masas de las industrias culturales y redes sociales digitales norteamericanos, las instituciones de educación superior de Estados Unidos han tenido un influjo decisivo sobre segmentos sociales más minoritarios pero estratégicos en tanto han ejercido una intensa atracción sobre las juventudes de clases medias y altas globales. Dichas instituciones, que siguen ocupando una posición de liderazgo en términos de prestigio (favorecida por la difusión de rankings internacionales elaborados principalmente por empresas de países anglosajones⁵) han servido como formadoras de sectores dirigentes de diversos países⁶ y vectores de norteamericanización, al tiempo que han contribuido a la propagación del inglés como lengua franca global.

Junto a las variables descritas como causas principales de la dinámica de convergencia dual, cabe hacer referencia a factores institucionales vinculados a la configuración del sistema internacional que estimularían la profundización de la influencia cultural occidental y norteamericana sobre el resto del mundo. Al respecto, si bien los procesos de descolonización producidos durante la segunda mitad del siglo XX pusieron fin al control político de los países occidentales sobre el resto del mundo, el ordenamiento internacional surgido en el mismo período, encarnado en las Naciones Unidas y una panoplia de tratados internacionales, sigue consagrando valores, concepciones e intereses occidentales. De este modo, los estándares de modernidad, desarrollo e institucionalidad adecuados siguen siendo aquellos afines a los de los Estados Unidos y la Unión Europea, y los países en vías de desarrollo se ven presionados para asumir, al menos formalmente, dichos estándares. La concepción vigente de multilateralismo

⁵ Entre las cuales ha tenido particular éxito la consultora británica QS.

⁶ Resulta llamativo al respecto que la propia hija de Xi Jinping, Xi Mingze, realizó sus estudios de pregrado en la Universidad de Harvard.

brinda, por tanto, un marco institucional que retroalimenta dinámicas socio-culturales favorables al *soft power* de Estados Unidos, en tanto nación occidental hegemónica.

En términos más estructurales, la asimetría de *Soft Power* entre los Estados Unidos y China podría explicarse como una consecuencia de la mayor capacidad instalada de los países occidentales para proyectar influencia cultural global, a consecuencia de siglos de expansión colonial de Occidente. Ello brinda a los occidentales una capacidad de proyectar influencia de la cual países de distinta matriz cultural como China aún carecen.

Si bien China, caracterizada en ocasiones como un Estado-Civilización (Jacques, 2009) ha sido por más de 2 milenios uno de los grandes focos civilizatorios globales y se estima que, hasta inicios del siglo XIX, fue el país más rico del mundo (*Ibid.*), tradicionalmente no proyectó globalmente su influencia cultural más allá de su entorno geográfico inmediato (las actuales Corea, Japón y Vietnam). En contraste, entre los siglos XV y XX los occidentales forjaron imperios coloniales que abarcaron toda América y gran parte de África y Asia. Los siglos de hegemonía colonial occidental llevaron a que su impronta se propagase a gran parte del mundo, incluyendo la propia China. De este modo, los modelos de Estado, sistemas jurídicos, educativos, sanitarios, de asentamiento o de producción e intercambio (mercados) de gran parte del mundo se basan en paradigmas occidentales. A su vez, los sistemas de creencias religiosas y sobre todo políticos originados en Occidente han tenido un profundo impacto en las subjetividades e instituciones de gran parte del resto del mundo (la propia ideología estatal marxista de China es de origen occidental). Este predominio se ha visto reforzado por el hecho de que los países occidentales han sido el principal foco de desarrollo científico y tecnológico durante los últimos siglos. En este sentido, históricamente modernización y occidentalización han sido virtualmente sinónimos (Jacques, 2009).

A consecuencia de lo señalado, la mayoría de sociedades del mundo están más familiarizadas con la cultura occidental que con otras tradiciones, lo cual facilita que países occidentales como los Estados Unidos desplieguen su influencia globalmente. En ese sentido, no es casual que la región donde posiblemente la norteamericanización sea más acentuada sea América Latina, la cual, más allá de las injerencias políticas de Washington, es la región donde la colonización occidental (española y portuguesa) dejó

una impronta cultural más profunda⁷, en tanto que la norteamericanización en esta parte del mundo podría entenderse en gran medida como una paulatina sustitución de rasgos culturales occidentales de origen ibérico por otros norteamericanos.

Por tanto, la influencia cultural norteamericana en el exterior encuentra terrenos más fértiles que la china, reflejada en el hecho de que la lengua inglesa posee una proyección global mucho mayor que el chino mandarín (a lo cual abonan las dificultades de aprendizaje de los sinogramas frente a la relativa simplicidad del alfabeto latino).

A las mayores dificultades que exhibe la cultura china para su proyección global frente a la occidental se suma la escasa vocación proselitista de las autoridades chinas contemporáneas, muy distante del “celo del misionero” exhibido por los norteamericanos en la promoción de su modelo social, político y cultural. En contraste, el gobierno chino sostiene actualmente que su modelo social y político atañe exclusivamente a su país y enarbola el Principio de No Interferencia en la política interna de otros países. Por tanto, y, a diferencia de la Unión Soviética, anterior rival geopolítico de los Estados Unidos, China no promueve un modelo social y político alternativo y persigue una política exterior pragmática, centrada en profundizar sus relaciones económicas con diversos países (Fanjul, 2020), sin prestar aparentemente mayor atención a sus regímenes socio-políticos o la orientación ideológica de sus gobiernos.

Implicancias geopolíticas de la convergencia dual

Las disparidades de *soft power* entre los Estados Unidos y China que conducen a la dinámica de convergencia dual descrita en este trabajo no son un dato desprovisto de consecuencias en el escenario de competencia geopolítica entre ambas potencias. La asimetría en términos de proyección cultural incidiría sobre la capacidad de ambos países de influir en los relatos acerca de sí mismos en la arena internacional.

La dimensión discursiva viene asumiendo creciente relevancia en la rivalidad sino-norteamericana. A medida que el avance de China en diversos planos erosiona la primacía global de los Estados Unidos y, en tanto no se han producido los cambios en el régimen político chino que preveían los sectores dirigentes norteamericanos (Law, 2021), el discurso oficial de Washington en torno a China ha recuperado tópicos propios de la Guerra Fría acerca de la disputa ideológica global entre democracia liberal y

⁷ Al punto que resulta discutible caracterizar a los países latinoamericanos como no occidentales.

autoritarismo, incurriendo en crecientes descalificaciones al modelo político chino. En este escenario, si bien el Estado-Partido chino ha sido capaz de dominar los relatos políticos al interior del país, estaría enfrentando mayores obstáculos al momento de influenciar los discursos en torno al mismo en el exterior (Economy, 2021). Esta situación puede atribuirse a la persistente hegemonía cultural norteamericana que facilita que los discursos sobre China sean modulados de una forma afín a los intereses de Washington. En un escenario en que los Estados Unidos evidencian una creciente hostilidad hacia la presencia china en el exterior (potencialmente imponiendo mayores costos a los países que optan por profundizar sus vínculos con China) se correría el riesgo de que se propicien sentimientos anti-chinos contrarios a los intereses internacionales de la República Popular China.

El hecho de que, en la mayor parte del mundo en vías de desarrollo, se aspire a imitar el *American Way of Life* en tanto que los patrones socioculturales chinos carecen de atractivo, complica las cosas desde la perspectiva de Beijing. Más aún, si bien China no ha experimentado las transformaciones políticas anheladas por Occidente, de todas formas, se siguen propagando entre las crecientes clases medias chinas cambios culturales de signo occidentalizante, tales como nuevas vertientes de feminismo y actitudes más individualistas, hedonistas y cosmopolitas. Estos procesos de transformación socio-cultural podría comprometer, a mediano plazo, los intereses de los sectores dirigentes chinos al redundar en fenómenos como la baja de la natalidad, menor productividad laboral, crecientes exigencias en materia de derechos individuales o cuestionamientos a los remanentes patriarcales del *Statu Quo* chino. Si bien la transición hacia un modelo de democracia de corte occidental en China, anhelada por los sectores dirigentes norteamericanos, no se ha producido a la fecha, persiste la posibilidad de que el crecimiento de las clases medias instruidas y la occidentalización cultural suponga eventuales presiones para una transición política, de forma análoga a lo acontecido en la década de 1980 en Corea del Sur (país de tradición cultural sínica y con un modelo de desarrollo semejante al chino de las últimas décadas), poniendo en riesgo la primacía del Partido Comunista Chino. En este sentido, mientras Estados Unidos continúe siendo el país hegemónico en términos socio-culturales, ostentaría una posición ventajosa respecto de China en cuanto a su capacidad de obstaculizar su proyección internacional y potencialmente minar su modelo social y político.

¿Hacia una modernidad disputada?

Si bien actualmente el Estado chino carece de vocación proselitista en la arena internacional, la presente coyuntura de competencia geopolítica con los Estados Unidos, que ha conducido a que el país asuma una política exterior más asertiva bajo el liderazgo de Xi (Ríos 2019; Fanjul, 2020), podría invitar a un cambio de enfoque. Resultaría probable que frente a los desafíos que la persistente hegemonía cultural norteamericana supone para la concreción del “Sueño Chino”, entendido como el logro de una posición de preminencia global, los chinos asuman una línea más activa en la promoción de su influencia internacional. Al respecto, pese a la postura no intervencionista que sostiene el Estado chino actualmente, China exhibe una tradición de proselitismo con respecto a su modelo cultural y político.

Durante el período dinástico, los chinos consideraban a su territorio como centro del mundo civilizado y su emperador aspiraba a ser un soberano universal al que todos los pueblos deberían someterse bajo relaciones de vasallaje⁸ (French, 2017). Se aspiraba a la difusión universal de la ideología confuciana y del modelo de sociedad derivado de la misma. Si bien dichos patrones socio-culturales solo fueron adoptados por pueblos vecinos del Asia, no debería perderse de vista esta orientación universalista primigenia, en cierto modo análoga a la que exhibieron el Occidente cristiano y el mundo islámico durante la misma época.

Más recientemente, durante el período maoísta (1949-1976) y, particularmente, durante las décadas de 1960 y 1970, el Estado chino se consideró el centro de la revolución comunista mundial (Lovell, 2019). En contraste con el discurso actual de un socialismo con características chinas que no sería exportable, la China maoísta percibía el suyo como un modelo socio-político universalmente válido. Esta postura condujo a un esfuerzo activo por promover el modelo político chino, particularmente en países de Asia y África en proceso de descolonización, auspiciando a numerosos movimientos afines a la orientación política maoísta (Yang, 2005; Lovell, 2019), si bien la escasa comprensión en el exterior de la cultura china (la cual estaba en buena medida bajo ataque en su propio país durante la Revolución Cultural) resultó una limitación de este impulso proselitista (*Ibid*).

⁸ Resulta elocuente al respecto la carta dirigida en 1793 por el Emperador Qianlong al Rey de Inglaterra, Jorge III, a quien instaba a someterse como vasallo.

El afán de priorizar el desarrollo económico a partir del inicio del Proceso de Reforma y Apertura en 1978 llevó a la adopción de una política exterior pragmática y no proselitista (Yang, 2005; Moncada, 2011). No obstante, dados los antecedentes señalados, no resultaría improbable que una China empoderada y dotada de una renovada autoconfianza en su cultura, retome en un futuro cercano afanes más proselitistas en sus relaciones con el resto del mundo.

La reconciliación del Estado chino con la cultura tradicional, que empezó a ser visible bajo el liderazgo de Hu Jintao (2002-2012) y que se ha intensificado en años recientes (Ríos, 2019), traducándose en iniciativas como la creación de los Institutos Confucio para la difusión de la lengua y cultura china, podría conducir a articular la promoción internacional de un modelo social, cultural y político alternativo al occidental. Los contornos de dicho modelo, en contraste con el ordenamiento tradicional confuciano o el revolucionario maoísta, todavía son vagos, aunque se podrían vincular, como sugiere Zhang (2012) con el cuestionamiento a la democracia liberal y la universalidad de los Derechos Humanos, la defensa de las tradiciones culturales frente a los procesos de occidentalización, la reafirmación de valores colectivistas y comunitarias y el énfasis desarrollista y tecnocrático en las políticas públicas y la legitimación del gobierno a través de la meritocracia en vez de las elecciones.

Si bien durante las últimas dos décadas el ascenso global de China se ha dado en el marco de una tendencia en diversas regiones del sur global a la convergencia dual entendida como la profundización de la influencia cultural norteamericana a medida que se estrechan los vínculos económicos con China, cabría la posibilidad de que emerja un nuevo escenario alentado por la creciente rivalidad sino-norteamericana y la mayor auto-confianza de los sectores dirigentes chinos respecto de su tradición cultural. El éxito del modelo de desarrollo chino, que ha convertido al país asiático en la primera superpotencia no occidental con proyección global de la historia universal, podría conducir eventualmente a un escenario de modernidad disputada en el marco del cual emergerían paradigmas de modernización distintos del occidental (Jacques, 2009).

La China actual podría proyectar un modelo de desarrollo alternativo al occidental atractivo a numerosos países en vías de desarrollo, lo cual podría estimular la imitación de ciertos aspectos de su modelo social y político en países donde sectores sociales amplios se encuentran desencantados con los valores democráticos y la visión occidental contemporánea de los derechos humanos (Barker, 2017). El desencanto con

la democracia representativa, aparentemente creciente, de la población de muchos países, incluidos los Estados Unidos y varios Estados europeos, podría, a su vez, brindar una mayor legitimidad internacional al régimen político chino.

La aparente alternativa al modelo democrático liberal occidental podría prestar, a su vez, legitimidad, a gobiernos autoritarios no alineados con los Estados Unidos, que recurrirían a los vínculos económicos con China a fin de sostenerse frente a las presiones y sanciones norteamericanas. Máxime si China, a diferencia de Estados Unidos y la Unión Europea, no plantea exigencias en materia de derechos humanos al resto de países.

Ello estimularía, a mediano plazo, si no la difusión del modelo cultural chino, cuando menos que la alternativa de estrechar vínculos con China redunde en una disminución de la convergencia de los países no occidentales con los modelos sociales, políticos y culturales de Estados Unidos y Europa, al reducirse las presiones internacionales en esa dirección. Quizás, a través de estos vaivenes, se empezaría, a su vez, a observar una mayor permeabilidad hacia influencias culturales chinas en sociedades tradicionalmente no sujetas a su influjo.

Conclusiones

Tras siglos de hegemonía occidental, surgen indicios crecientes de que el centro de gravedad global se estaría desplazando hacia el oriente. Resulta altamente probable que, dentro de algunos años China, desplace a los Estados Unidos como la mayor economía del mundo y que transforme progresivamente su potencia económica en un poderío militar capaz de disputar la primacía norteamericana. Pese a ello, la influencia cultural o *soft power* de China allende sus fronteras no parece estar acrecentándose en un grado similar a la creciente presencia económica del país asiático. Por el contrario, de forma simultánea a la erosión del predominio geopolítico de los Estados Unidos, el *soft power* norteamericano se mantendría incólume e inclusive seguiría acrecentándose hasta alcanzar máximos históricos. Esta tendencia se aprecia en la propia China, cuya sociedad, en las más de 4 décadas posteriores al inicio del Proceso de Reforma y Apertura ha experimentado, si bien de forma desigual y contradictoria, una

occidentalización sin precedentes en el ámbito cultural, de la cual la cultura norteamericana ha sido el principal referente.

En un contexto de creciente competencia geopolítica entre los Estados Unidos y China, el *soft power* podría devenir en un activo determinante. En este ámbito, Estados Unidos conserva una ventaja patente frente a la potencia rival. Ello podría facilitar a los norteamericanos fomentar en el exterior corrientes de opinión contrarias a la expansión de la presencia internacional de China. Al mismo tiempo, el *soft power* norteamericano estaría estimulando cambios socio-culturales en China que socavarían la agenda de los sectores dirigentes del Estado-Partido.

En contraste, hasta el momento, China no ha podido ejercer un *soft power* significativo más allá de sus fronteras, pese a que, en años recientes, el país ha asumido una política exterior más asertiva. La escasa comprensión o interés respecto de la cultura china en los países en vías de desarrollo con los que China ha establecido relaciones económicas estrechas resulta patente al respecto. El *American Way of Life* es una aspiración de buena parte de las clases medias globales, pero el *Sueño Chino* les dice poco o nada. Factores como la difusión global y prolongada de la cultura occidental, las dificultades para el aprendizaje del idioma chino y el marcado dirigismo del Estado chino hacia las industrias culturales de su país militan en contra de una expansión del *soft power* chino.

Resulta prematuro afirmar si esta dinámica de convergencia dual se sostendrá. La eventual pérdida de primacía global de Estados Unidos podría, eventualmente, reducir el prestigio internacional de su modelo social, mientras que una China empoderada podría representar un paradigma de modernidad alternativa atractivo en diversos países del Sur global, cuyas sociedades podrían empezar a asimilar determinados rasgos culturales chinos. En todo caso, en un contexto de clara rivalidad geopolítica entre China y los Estados Unidos en el cual el primer país ha elevado las aspiraciones de su política exterior la desventaja de los chinos frente a los norteamericanos en el plano del *soft Power* resulta un notable pasivo que puede incidir crecientemente en contra de su proyección internacional e incluso de su gobernabilidad.

Resulta prematuro anticipar el devenir de la actual dinámica internacional que algunos especialistas llaman califican como una nueva guerra fría, y otros, consideran una transición hegemónica entre los Estados Unidos y China. En un futuro cercano se irá develando si persiste la lógica de la convergencia dual en virtud de la cual un gran

número de países estrecha sus vínculos económicos con China al tiempo que se profundiza la influencia cultural norteamericana, o si, más bien, la emergencia de una superpotencia no occidental fomentará un escenario de modernidad disputada, en el cual se ponga en tela de juicio la equiparación de modernización con occidentalización. En todo, caso, puede aventurarse que las cuestiones relativas a la influencia cultural o *soft power* de ambas superpotencias tendrán una importancia significativa y probablemente creciente en la política internacional de los años por venir.

Referencias

Alison, G. (2017) *Destined For War: Can America and China escape Thucydides's Trap?* Boston: Houghton Mifflin Harcourt.

Banco Mundial (2018) *World Integrated Trade Solution*. Recuperado de:

<https://wits.worldbank.org/Default.aspx?lang=es>

Barker, T. (2017) The Real Source of China's Soft Power. *The Diplomat*, 18/11/2017.

Dussel Peters, Enrique (2019) *Latin America's Socioeconomic Relationship With China: Is Development Still Possible?* Oxford: Oxford Research Encyclopedia of Politics.

Economy, E. (2021) *The World According to China*. Cambridge: Polity.

Fanjul, E (2020). *40 años de reforma: el papel de China en la comunidad internacional*. Madrid: Real Instituto Universitario de Estudios Europeos.

French, H. (2017) *Everything Under the Heavens: How the Past Helps Shape China's Push for Global Power*. New York: Knopf Publishing.

Ghosh, I. (2020) How China Overtook the U.S. as the World's Major Trading Partner. *Visual Capitalist*. 22/01/2020.

Gramsci, A. (1999) *Cuadernos de la cárcel*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.

Huntington, S. (1996) *Clash of civilizations*. New York: Simon & Schuster

Jacques, M. (2009). *When China Rules the World: The Rise of the Middle Kingdom and the End of the Western World*. Londres: Allen Lane.

Law, N. (2021) The West Turned a Blind Eye to China's Threat to Democracy. *Foreign Policy*, 17/02/2021.

Nye, J.

(1990) *Bound to Lead: The Changing Nature of American Power*. New York: Basic Books.

(2004) *Soft Power: The Means to Success in World Politics*. New York: Public Affairs.

Lovell, J. (2019) *Maoism: a global history*. New York: Knopf Publishing.

Macciota, B (2021) Estados Unidos y China en América Latina. *Relaciónate y punto*. 14/09/2021.

Mearsheimer, J. (2001) *The tragedy of great power politics*. New York: W.W. Norton & Company

Moncada, M. (2011). Visión del mundo exterior de las cuatro generaciones de líderes políticos de la República Popular China: Evolución histórica y conceptual. *Documentos CIDOB Asia* (27)

Pardo de Santayana, J. (2021) Modernización de las Fuerzas Armadas chinas. *Instituto Español de Estudios Estratégicos*, 27/01/2021.

Poole Fuller, E. (2021) Entre la conciliación y la rivalidad: Perspectivas de las relaciones sino-norteamericanas bajo el Gobierno de Joe Biden. *Jiexi Zhongguo* (36), 10-18.

Ríos, X. (2019) La China de Xi Jinping. *Anuario CEIPAZ 2018-2019*, 143-158.

Thomas, R.C. (2017) Why China's Soft Power Solution Lies in its Past. *The Diplomat*, 22/09/2017.

Wyne, A. (2018) Is America Choosing Decline? *The New Republic*, 21/06/2018.

Yang, E. (2005). Mao Zedong y Deng Xiaoping: Medio siglo de diplomacia china. En: RÍOS, X.: *Política exterior de China: la diplomacia de una potencia emergente* (p. 19-43). Barcelona: Bellaterra.

Zhang, Z. (2012). *La ola china: el ascenso de un Estado-civilización*. Beijing: China Intercontinental Press.